

INTRODUCCIÓN

Este libro contiene algunos episodios de la historia de la Iglesia española contemporánea en los siglos XIX y XX. Los diez temas escogidos no dejan de ser interpelantes: una guerra (Independencia), una institución (la Inquisición), una restauración (la Compañía de Jesús), un tipo sacerdotal (el cura liberal exaltado), una desamotización (de bienes culturales), una devoción (Corazón de Jesús), un santo (José María Rubio), un régimen político (la segunda república), una noble tarea (cultura católica en el siglo XX), y un sector del clero (los religiosos en ese mismo siglo).

En el libro se mezclan trabajos inéditos con otros que hemos publicado durante los últimos años en libros colectivos o en artículos y reseñas.

Hemos llamado *enigmas* a unas características que son comunes a los temas contenidos en los diez capítulos. Entendemos por enigma algo que difícilmente puede entenderse o interpretarse. Las causas que mueven los hilos de la historia suelen ser complejas, contradictorias y enigmáticas. Los enigmas de la historia son un aliciente para encontrar la verdad. La historia debe interpretarse con espíritu imparcial, evitando las explicaciones simplistas que distorsionan la realidad de los sucesos.

Los temas que aquí proponemos pueden calificarse de enigmáticos porque han merecido juicios dispares según las diversas ideologías, o porque han suscitado opiniones desenfocadas por ignorar los contextos históricos, o porque han causado estupor ante el declive de grupos o movimientos de los que se esperaba mayor éxito. Una reflexión sobre estos enigmas nos ayudará a matizar algunos juicios históricos y a purificar la memoria en busca de la verdad.

Ofrecemos a continuación un repaso de los temas, adelantando lo que en ellos hay de enigma, contradicción, sorpresa o novedad.

La Guerra de la Independencia fue una guerra religiosa, pues la religión fue uno de los muchos motivos que la impulsaron. ¿Fue una guerra santa? Así la consideraron los patriotas. Pero también los afrancesados justificaron la guerra por motivos religiosos. La religión fue manipulada y politizada por los dos con-

tendientes. En ambos bandos hubo exageraciones y falsedades en la apelación a los sentimientos religiosos. Los excesos contra las iglesias se cometieron en ambas partes. La división afectó a la manera de utilizar la religión: hubo dos cleros, dos obispados y dos teologías de la guerra o de la paz.

La Inquisición fue suprimida por Napoleón en 1808, de modo que la supresión por las Cortes de Cádiz en 1813 parecía alancear a un muerto. No fue así, pues los dos bandos políticos afrontaron la defensa o la supresión de la Inquisición como un símbolo de la España que querían reconstruir. Todos defendían la religión católica. Las discrepancias estaban en cómo se defendía mejor la religión de los españoles, manteniendo o suprimiendo la Inquisición. Todos esgrimieron los mejores argumentos para defender su propia política. La paradoja estaba en que los liberales, que parecían menos celosos en la defensa de la fe, la sostenían con los mejores argumentos, pues estaban inspirados en la mansedumbre del Evangelio. Y la contradicción estaba en que el decreto que suprimía la Inquisición mantuvo la intolerancia religiosa con otro sistema. Puede decirse que los liberales fueron inconsecuentes, pues se quedaron a medio camino, muy lejos todavía de la libertad religiosa.

El restablecimiento de la Compañía de Jesús por Fernando VII en 1815 es tal vez la medida que mejor define la política religiosa del rey absoluto; aunque no fue exclusiva del monarca español, pues un año antes Pío VII había restablecido la Compañía en toda la Iglesia. La restauración jesuítica quedó politizada desde el primer momento. No fue una restauración fácil, sino todo lo contrario. Era imposible restablecer a los jesuitas en la situación que tenían cuando fueron expulsados de España por Carlos III. La mayor parte de sus temporalidades habían sido vendidas, y la mayor parte de las casas tenían otro destino. De los 140 domicilios solo pudieron devolverse 15. De los 5.300 jesuitas expulsados de todos los dominios españoles en 1767, solo volvieron a España 112 viejos y achacosos en 1815. Aun así, la restauración tenía un fuerte valor simbólico para bien y para mal de los jesuitas. Cuando los liberales triunfaron en 1820 se apresuraron a suprimir la Compañía de Jesús, en la que veían la obra del absolutismo fernandino.

El enigma de los curas liberales sorprendió durante las Cortes de Cádiz y en el avance de la revolución liberal en los primeros años del reinado de Isabel II. Esos curas parecían echar piedras sobre su propio tejado, pues defendían el sometimiento de la Iglesia al Estado, la desamortización de los bienes eclesiásticos, la supresión de las órdenes religiosas e incluso la tendencia a independizarse del papa en las cuestiones de la disciplina externa. Hablar de curas liberales era como hablar de clérigos anticlericales. Pero los había, sobre todo en la primera mitad del siglo XIX. El cura liberal más radical fue seguramente don Antonio García Blanco, que nos sirve de guía en sus *Memorias*, publicadas por Manuel Moreno Alonso. Era un sacerdote muy culto, insigne

INTRODUCCIÓN

maestro y catedrático de Hebreo, que no renunció a su sacerdocio, pero menos aún a sus criterios de liberal exaltado.

La desamortización de los bienes culturales de la Iglesia ha sido poco estudiada, porque apenas tuvo efectos prácticos. El enigma está aquí en el desconocimiento del tema, pues cuando se habla de desamortización se piensa solo en la que afectó a los bienes materiales. La reclamación que actualmente se hace de la mezquita de Córdoba a favor de la titularidad del Estado pretende actualizar los viejos principios con los que los demócratas de la revolución del 68 pretendían justificar la estatalización de los bienes culturales de la Iglesia. Como otros decretos del sexenio sobre asuntos religiosos, la desamortización cultural atentaba contra los derechos que la misma revolución propugnaba (en este caso el derecho de propiedad). Para justificar la contradicción se acusó al clero de ignorante, pues ocultaba las obras culturales «envueltas en telarañas», y se justificó la usurpación diciendo que los documentos y obras de arte «son del pueblo, son de la nación, son de todos». La réplica era fácil, recordando que el descuido de los bienes culturales se debía al despojo de la Iglesia por el Estado, e insistiendo en que la comunidad católica era la propietaria de aquellos bienes. La frustrada desamortización cultural produjo, indirectamente, algunos bienes como la valoración de las obras de arte y la necesidad de colaboración de los dos poderes para mantener un patrimonio común.

La evolución histórica de la devoción al Corazón de Jesús en España ofrece motivos para la sorpresa en sus fluctuaciones y en sus expresiones formales. Es una devoción con altibajos: tuvo un arranque prometedor en el siglo XVIII, un declive coincidente con la expulsión y supresión de los jesuitas en los años de la ilustración, un despunte en tiempos del romanticismo, un siglo de oro en la segunda mitad del XIX y primera del XX, y una crisis en sus manifestaciones formales (no en su contenido teológico) desde el Concilio Vaticano II. El enigma o sorpresa alcanza a sus formas expresivas y a sus aditamentos sociales y políticos. Las devociones se acomodan a la sensibilidad y gustos populares del momento, que en los tiempos del auge corazonista se tiñen de sentimentalismo y ostentación. Si añadimos en los devotos cierta inclinación al monarquismo y al integrismo, no es extraño que suscitaran el recelo de los anticlericales y los republicanos radicales. El apoyo de los últimos pontífices a la devoción al Corazón de Jesús y las reflexiones de los mejores teólogos ayudan a discernir los elementos esenciales de los accesorios. Los primeros persisten, los segundos están en crisis.

Un santo entre dos siglos difíciles titulamos la semblanza del San José María Rubio. Su vida no es propiamente un enigma. El estereotipo de los santos representa a hombres extraordinarios dotados de cualidades maravillosas. El apóstol de Madrid era un hombre normal, y acaso en ello está su mayor singularidad. Era tan normal que parecía vulgar. No destacaba por sus cualidades

humanas, ni por su oratoria ni por su ciencia ni por sus escritos. Vivió a caballo entre los siglos XIX y XX. Participó, como todos los españoles, de las inquietudes, avances y preocupaciones de su tiempo. No actuó en la política de manera activa, pero sí la sufrió pasivamente, especialmente en sus implicaciones religiosas. Como sacerdote inmerso en los problemas de su época, le llegaron las salpicaduras de la división de los católicos y del anticlericalismo imperante. Pero sabía acomodarse a los signos de su tiempo, cual era la propaganda de los ideales en las masas. Rubio fue un gran movilizador de grupos de oración, a los que convirtió en mensajeros del Evangelio por medio de las escuelas, la prensa, las asociaciones y las limosnas. Obtuvo resultados asombrosos en aquellas movilizaciones de fe y acción. El enigma del P. Rubio fue, si acaso, haber logrado la santidad de una vida sencilla en tiempos difíciles.

Las relaciones conflictivas de la Segunda República con la Iglesia son bien conocidas. La novedad consiste en contemplar esas relaciones desde los despachos e informes diplomáticos publicados por Vicente Cárcel Ortí, que nos sirve de guía en este laberinto. El enigma que revelan los documentos no está en el conjunto de las relaciones Iglesia-Estado, sino en los múltiples detalles de personas, sucesos y penalidades, narrados en vivo y en directo con cercanía y verismo. Hay dos detalles que conviene destacar: 1º. La Santa Sede estaba perfectamente informada de las humillaciones y ataques que recibió la Iglesia desde 1931. Tuvo noticias pormenorizadas del laicismo legal y de los frecuentes atentados, que se agravaron con la revolución de Asturias y el Frente Popular y culminaron en los mártires de los primeros meses de la guerra. Cárcel habla con razón de una persecución constante desde el principio de la República. 2º. A pesar de la persecución, el Vaticano no rompió las relaciones diplomáticas con la República (fue el embajador español el que se ausentó de Roma, seguido del encargado de negocios del Vaticano que abandonó Madrid a finales de 1936); mientras mostró reticencias en el reconocimiento del Movimiento Nacional, aunque acabó enviando al nuncio a la España de Franco en 1938.

La cultura católica en el siglo XX es un tema de envergadura. Nos sirve de guía el luminoso libro de José Manuel Cuenca, experto en la materia. Su libro ofrece un catálogo pormenorizado de empresas culturales pilotadas primero por las órdenes religiosas (jesuitas, agustinos y dominicos principalmente) y seguidas por la Asociación de Propagandistas y el Opus Dei. El recuento de escritores, libros, revistas, editoriales, prensa, encuentros, congresos y asociaciones no deja de ser impresionante, al igual que la enseñanza y obra cultural impartidas en las universidades de Deusto, Comillas, Navarra, CEU y otras instituciones católicas de alto nivel. El enigma está en la valoración de esa magna labor cultural, al compararla con la cultura laica dominante y al calibrar su impacto en las masas. El profesor Cuenca considera que la cultura católica fue aislada, minoritaria, incapaz de penetrar en las masas y de entablar un diá-

INTRODUCCIÓN

logo hacia afuera y hacia dentro. Esta visión un tanto negativa está apoyada en razones de peso y ayuda a reflexionar sobre la manera de compaginar la fe y la cultura. Las deficiencias son evidentes, pero no pueden negarse los logros obtenidos y en todo caso deben matizarse con algunas puntualizaciones.

Las órdenes y congregaciones religiosas en el siglo XX es el tema final de los enigmas. La incógnita que se cierne sobre el porvenir de los religiosos, se agrava por su disminución progresiva a lo largo del último siglo. No es extraño que se estancaran en los tiempos recios de la República ni que progresaran en los años propicios del nacionalcatolicismo. La paradoja está en que el declive aumenta a partir del Concilio Vaticano II, cuando nunca como entonces había existido un programa tan renovador de la vida consagrada, ni se había desarrollado una reflexión teológica tan profunda sobre la misma. Hay que advertir que la crisis de vocaciones afecta a todo el clero, aunque de manera desigual, según las naciones. En España la crisis de la vida consagrada es semejante a la de las sociedades occidentales. En nuestro trabajo apuntamos a causas internas y externas para explicar la crisis. Internas como el atractivo de la misión de los seglares en la Iglesia y el empuje de los movimientos apostólicos. Y externas como el avance de la secularización que seca las fuentes tradicionales de las vocaciones, empezando por las familias y la enseñanza. La situación de los religiosos apunta al estado de la Iglesia en el futuro. La historia de la Iglesia ha experimentado grandes cambios en los porcentajes de su personal más comprometido. En los siglos venideros los religiosos reforzarán su función testimonial. No serán la mitad del clero, sino un «pusilus grex».

* * *

Este libro acaba con un apéndice en el que ofrezco la lista completa mis publicaciones. He querido con ello hacer balance y memoria de mi vida en dos fechas importantes. Hace poco he superado los ochenta años de edad y estoy a punto de celebrar los cincuenta años de mi dedicación a la docencia e investigación de la Historia. Tengo la sensación de que, durante esos años, no he hecho otra cosa que escribir. Los libros y artículos tienen una historia muy ligada a la persona de su autor, a sus alegrías y desvelos, ilusiones y desengaños. Escribir ha sido la ocupación principal de mi vida (*scripta manent*) y la que más me ayuda a dar gracias a Dios «por tanto bien recibido». Por eso me ha parecido oportuno añadir la lista de mis publicaciones como apéndice a este libro de los enigmas. Cuento con la benevolencia del lector, pues al fin y al cabo el enigma de mi vida no ha sido otro que el oficio de escribir.

El número total de títulos de mi bibliografía alcanza, hasta el día de hoy, la cifra de 482. La bibliografía se agrupa en seis secciones, distribuidas de esta manera: 20 libros individuales (números 1 al 20 de la lista), 67 libros colectivos (números 21 a 87), 120 artículos en revistas (números 88 a 207), 31 prólogos

(números 208 a 238), 48 artículos en diccionarios (números 239 a 286) y 196 reseñas (números 287 a 482).

Mis investigaciones históricas se centran con preferencia en tres campos: la historia de la Iglesia de España (con especial atención al siglo XIX); la historia de la Compañía de Jesús en la edad contemporánea; y la historia de Palencia.

La historia de la Compañía ha ocupado la mayor parte de mis investigaciones. La obra de mi vida, en la que he gastado mucho tiempo y desvelo, creo que es *La Compañía de Jesús en la España contemporánea*, que, con su complemento *Los colegios de los jesuitas y su tradición educativa*, forman cuatro tomos que superan las 4.200 páginas. En los últimos años la celebración del bicentenario del restablecimiento de la Compañía ha ocupado buena parte de mi trabajo en conferencias, congresos y la publicación de un libro y varios artículos.

En libros colectivos he publicado síntesis históricas de las que he quedado satisfecho, como la Iglesia española durante la crisis del antiguo régimen (tomo V de la Historia de la Iglesia en España dirigida por el P. Ricardo García Villoslada), la religión en las épocas del romanticismo y de la restauración (tomos 35 y 36 de la Historia de España de Menéndez Pidal-Jover), la Compañía de Jesús restaurada y renovada (en el libro coordinado por Teófanos Egido editado en Marcial Pons) y la historia de la Universidad Comillas (en el libro de su centenario, editado por Eusebio Gil).

Bajo el apartado de los artículos caben toda clase de escritos muy diferentes por su tamaño, estilo y mérito. El recuento parece un cajón de sastre, pues se mezclan trabajos largos de investigación con artículos de vulgarización y con colaboraciones cortas y ocasionales para cumplir, en una página, el compromiso de una revista o la invitación de una hoja parroquial. El tamaño y calidad científica del artículo o del libro no siempre se corresponde con la satisfacción del autor. Las piezas menores son a menudo pequeñas joyas para el autor por su valor sentimental. Por eso he añadido a la lista los dos primeros artículos míos que aparecieron en letras de molde, siendo niño o joven.

En la lista hay más de 30 prólogos. Los escritores viejos escriben cada vez menos libros y más prólogos. La lista de las reseñas es la más numerosa. Toda revista que se precie debe publicar reseñas, género difícil, comprometido y sujeto a límites de espacio. En mi lista abundan las reseñas largas.

Quiero expresar mi gratitud a los autores y directores de editoriales y revistas que me han permitido reeditar algunos capítulos de este libro, y especialmente a Belén Recio Godoy, directora de Publicaciones de la Universidad Comillas, por el apoyo prestado.